

# "Hacer de nuestras vidas una Eucaristía"



Plaça Dr. Ximeno, 3  
46035-BENIMÀMET-VALENCIA  
<http://santvicentmartirbenimamet.org.es>  
Facebook: Sant Vicent Martí Benimamet  
Tlf 963 400 830

Parte de un capítulo del libro  
***“Los forjadores de historias”***  
de Jose M<sup>a</sup> Rodríguez Olaizola S.J.

Comparto con vosotros parte del último capítulo del libro “*Los forjadores de historias*” de Jose M<sup>a</sup> Rodríguez Olaizola:

El padre Alberto Hurtado, dando una charla dijo algo así como que lo importante no era ir o no ir a misa, cuántas veces o en qué días, sino que lo importante, el verdadero objetivo, era hacer de nuestras vidas una Eucaristía.

Cada Eucaristía es, en realidad, un encuentro. Un encuentro con Jesús.

### **Cosas que pasan: la BBC**

En las últimas décadas, la asistencia a la misa dominical ha descendido de manera tremenda. Es evidente que mucha gente deja de participar en la Eucaristía. Y no solo quienes se declaran agnósticos o ateos, sino muchos católicos que se definen, con tranquilidad, como no practicantes. Muchos de ellos argumentan que la Eucaristía no aporta nada, que es aburrida, repetitiva y un rito que no les dice mucho. Y así, vamos teniendo grandes grupos de católicos que solo asisten esporádicamente a una celebración, con motivos de bodas, bautizos o comuniones (de ahí hablar de *bbc*). Habría que añadir los funerales, que también congregan, a la hora de la despedida, a muchas personas que, de otro modo, no pisarían una iglesia.

Se hacen análisis y se buscan respuestas. ¿Por qué esta deserción? ¿Es un signo de los tiempos? ¿Es culpa de la forma de celebrar? ¿Son las homilías? ¿Las formas? ¿La música? Seguramente, no hay una única respuesta. Hay muchas causas que se superponen. **Sobre todo tiene que ver con redescubrir el sentido de lo que celebramos.** Lo que se pone en juego y se evoca en cualquier misa, en esas que son más cercanas, más participativas o más «fáciles»; pero también en las celebraciones que pueden resultar, de entrada, más rituales, más frías o más lejanas.

En todas las celebraciones de la Eucaristía se cuenta y se celebra una historia en la que Dios, uno mismo y el mundo tenemos un papel. Creo que habría que ayudar a redescubrir ese relato, para que, allá donde nos toque participar y celebrar con otros, podamos reconocernos y encontrar nuestro sitio.

### **Un diálogo a tres bandas. Protagonistas**

Hay, al menos, tres protagonistas en la celebración. **Es como un diálogo con tres interlocutores.** Los dos primeros somos **uno mismo**, que asiste y participa en la celebración, y **Dios**, que es quien late y alienta detrás. El tercero es la **comunidad**; un nosotros mucho más amplio,

Nos preparamos ya para salir de nuevo a la vida cotidiana, a nuestros contextos, donde todo lo que hemos celebrado aquí se va haciendo real.

Al final, la bendición y el envío se convierten para nosotros en invitación. Dios, que nos conoce, nos bendice, habla bien -con verdad- de nosotros. Y porque nos conoce, cuenta con cada uno de nosotros para llevar esa Buena Noticia a nuestro mundo. Esa, y no otra, es la respuesta que pide la gratitud: convertirse en portador de la misma vida celebrada durante la Eucaristía. «Podéis ir en paz».

### **A modo de conclusión**

Uno podría preguntarse si es posible vivir todo lo anterior en una Eucaristía. ¿No es un recorrido tan intenso, por la vida de Dios en Jesús y por la propia vida, que resulta impensable para el rato, más o menos breve, de una celebración, por muy cuidada y pausada que se haga? ¿Podemos pasar con intensidad y hondura por todos esos momentos, por la fragilidad, la escucha, la necesidad, la fe y sus tormentas, la ofrenda, el recibir de Dios su verdad y su entrega -invitados a hacer lo mismo-, la mirada amplia y sensible al mundo y a la historia, la experiencia de fraternidad y comunión, la gratitud y el envío? ¿Se puede vivir todo eso en media hora?

No siempre se podrá. Es más, no es necesario. Porque uno llega desde donde está. Y celebra desde su momento vital. Habrá días en que necesites participar muy consciente de tu fragilidad, y será el pedir perdón, y el encuentro con la misericordia lo que más te ayude. En otras ocasiones será la avidez por escuchar una Palabra que ponga sentido en tus preguntas o inquietudes. Habrá días en que, desde la necesidad, te brote el pedir a Dios, con urgencia, confianza o desesperación. Otras veces te sentirás portador de algo que quieres poner en el altar, como tu porción de pan y vino. Unos días vendrás necesitando asomarte, una vez más, al sacrificio de Jesús, que es promesa y declaración de amor para la vida; otras veces las circunstancias te invitarán a acoger la llamada a hacer tú lo mismo. Habrá momentos en que la gratitud lo tiña todo, y otros en que no la sientas. Por eso tiene sentido celebrar desde donde uno está, pero dejando que toda esa historia se despliegue ante ti, y que el diálogo y el encuentro te vaya envolviendo.

Todo eso, celebrado en el Sacramento, habrá de hacerse real en nuestra vida de cada día. **¿Qué es, entonces, hacer de nuestras vidas una Eucaristía?**

Es sentir que en el corazón de nuestra vida late esa entrega de Dios por los seres humanos. Es dejar que su Palabra siga configurando y dando sentido a nuestra historia. Es vivirnos en su presencia (conscientes de nuestra limitación bendecida por Él). Es sentir que estamos llamados a entregar nuestra vida de esa misma forma, escogida, bendecida, rota y repartida. Es vivirnos como comunidad (desde los que compartimos esta Mesa hasta la humanidad entera), capaces de un encuentro profundo, vital, real... Es ser capaces de hacer de esa lógica, la de una vida entregada sin límites, nuestra propia lógica. Y es vivir con un corazón agradecido por la plenitud que esto supone, aunque a veces haya dificultades en el camino.

iremos conformando con Jesús, y que también nosotros estamos llamados a ser pan partido, que alimentará a otros. Es al tiempo una expresión de *necesidad, confianza y anhelo*. **Necesidad**, porque, al acercarnos, reconocemos que no nos basta con las propias fuerzas ni la propia sabiduría. Necesitamos que Dios, en Jesús, alimente nuestro espíritu inquieto, nuestro paso concreto, nuestras historias. **Confiamos** en que Él se nos quiere dar, pero no porque seamos dignos, perfectos o puros -que no lo somos-, sino porque Él quiere darse a todos. El **anhelo**, el deseo, es quizás el principal motor en este momento. Es el deseo de que lo que hemos celebrado hasta este momento, la escucha, la ofrenda, el diálogo y encuentro con Dios, se vaya haciendo en nosotros carne y vida.

Ahí, en esa Comunión, tenemos un triple encuentro. Con *Dios*, que, en Jesús, se nos da. Con los *otros*, pues somos comensales en una misma mesa, y el gesto de compartir el pan/Cuerpo de Cristo -y el vino/Sangre, si hay ocasión- tiene todo el sentido de fraternidad, de sociabilidad, de banquete participado por muchos. Un banquete que evoca nuestras comidas festivas, los encuentros alrededor de una mesa con los seres queridos, la confianza y familiaridad que permite sentarse junto al otro. Evoca los aromas familiares, las tertulias confiadas, los recuerdos compartidos. No comulgo yo solo, sino con otros. A todos nos ha convocado el Señor, invitados a su Mesa. Y el tercer encuentro, por así llamarlo, es con *uno mismo*. Al acercarme a recibir el Cuerpo de Cristo, lo hago consciente de la distancia entre mí mismo y Él. Yo soy limitado, incapaz, me doy a medias en el mejor de los casos, pero quiero vivir el Evangelio. Y acojo con humildad su alimento, que es don para mí. Dios no viene a mí porque yo sea perfecto, sino porque sabe que mi barro puede albergar un tesoro. Hay ahí una cierta reconciliación con uno mismo.

Justo antes de comulgar recordamos aquella frase del centurión romano: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...».

### **Es de bien nacido...**

Dice un refrán popular que «De bien nacido es ser agradecido».

La gratitud es fundamental. Implica reconocer la bendición, las oportunidades, los privilegios que uno disfruta en la vida y en las relaciones.

De ahí que el final de la Eucaristía sea un espacio para el agradecimiento. A Dios, por el rato compartido, por la vida celebrada, por su palabra viva, por su entrega, que sigue siendo real, y por el encuentro que ha tenido lugar. Gratitud que se convierte en oración y que quiere convertirse también en respuesta, porque un corazón agradecido quiere expandirse, quiere dar lo recibido y multiplicar alrededor aquello que para uno mismo ha sido bendición. La última oración de la misa tiene un sentido de reconocimiento, gratitud y envío. Todo en una.

que es, al tiempo, la comunidad que celebra, es la Iglesia, en la que esta celebración tiene sentido, y es el mundo, en el que la Eucaristía quiere seguir siendo semilla de una vida diferente.

En la Eucaristía está **Dios**, el Dios revelado en Jesús, en la Historia de la Salvación, presente en la memoria de la vida entregada, Muerte y Resurrección de Cristo. Dios, que sigue siendo parte de nuestras vidas y cuya Palabra volverá a resonar cada vez, dando sentido, inspirando, despertando nuevas preguntas o alentando opciones en la vida de quien la escucha.

También está **uno mismo** que celebra, porque todos los bautizados, hemos recibido el sacerdocio común, todos en la Eucaristía concelebramos. No somos invitados de trapo ni puros asistentes que presencian un rito como espectadores. Somos protagonistas. Uno llega tal y como es, con su situación concreta, con sus heridas o alegrías, salud o enfermedad, con los nombres que te rondan por la cabeza, con las preocupaciones que en ese momento tienes. Llegas, y todo eso lo vas a poner en juego en la celebración, porque la Eucaristía no es sobre algo ajeno, sino una mirada también a la propia vida, en sus circunstancias.

Y está **un nosotros** más amplio, que a lo largo de la celebración irá ganando protagonismo, porque, en realidad, a la celebración cada uno llega desde donde está; pero a medida que nos vamos zambullendo en lo que celebramos, se va produciendo una invitación al encuentro y la comunión.

### **Presentarse. Tal como somos**

Como cualquier encuentro, al principio de la misa uno se presenta. Es normal, es educado. Es necesario. Hoy vivimos en un mundo donde constantemente nos estamos presentando. Nos presentamos a través de las redes sociales, nos presentamos en el trabajo, ante los otros... Y la realidad es que todos tenemos que enfrentarnos a la necesidad de gustar. Parece que se nos está evaluando constantemente.

Hay una presión por resultar amable, atractivo a muchos niveles. Sufrimos una tremenda presión por gustar. Por presentar unas credenciales impecables. Mostrar debilidad, error o pies de barro resulta muy inconveniente.

Tras hacernos conscientes de estar en presencia de Dios (en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo...), uno se presenta. Y hay quien podría pensar que es que los católicos somos unos agonías, obsesionados con la culpabilidad, y que es por eso por lo que nada más empezar la misa ya estamos pidiendo perdón y diciendo aquello de «por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...» Pero no se trata de eso. Es

casi lo contrario. Lo que uno hace es desnudarse un poco, reconocer que no es perfecto -ni falta que hace-. Sentir la tranquilidad de estar en un ámbito donde no se te exige perfección, sino que se te acepta como eres. Es uno de esos espacios de la vida donde uno puede ser quien es, sin corazas, sin máscaras. Porque la misa no es un espacio reservado a los puros, sino una casa abierta y una Mesa dispuesta para todos. Y de ahí el confiar y acoger la misericordia de Dios, su abrazo de bienvenida, su promesa de perdón y reconciliación.

**En un segundo momento**, así como me presento yo, me hago consciente de quién es el Dios con el que me vengo a encontrar. Él es el que es bueno, grande o perfecto. He ahí el sentido que tiene proclamar su gloria. Yo, limitado y frágil, vengo a encontrarme contigo, Señor de la Historia, Dios grande. Y ahí recuerdo, en esa oración, la desproporción de ese encuentro. «Solo Tú eres Santo, solo Tú, Señor», proclamaré al rezar. Esto habla de una dimensión de la vida, que es la presencia. El sentir y reconocer que uno vive en presencia de Dios, y también de la propia fragilidad, que no es problema, sino parte de nuestra humanidad. Hay un reconocimiento humilde que da mucho sentido y horizonte en la vida: la conciencia de ser frágiles y a la vez perdonados, de ser pecadores pero sanados... Es una puerta de entrada en la Eucaristía que nos permite evitar fariseísmos, medallas y falsos orgullos.

Al acabar las presentaciones, rezamos, juntos, como haremos varias veces durante la celebración. Conscientes de nuestra necesidad de que Dios vaya bendiciendo lo que celebramos, lo que ofrecemos y lo que somos. Y lo afirmamos, varias veces, con el AMÉN.

### **Dios habla. Nosotros escuchamos**

Una vez terminadas las presentaciones, pasamos a la **Liturgia de la Palabra**. Aquí le vamos a dar protagonismo a Dios. Vamos a tratar de asomarnos a su Palabra, de escuchar su voz. De ahí el escuchar una Palabra que decimos «Palabra de Dios». Una Palabra que para nosotros se fue revelando a lo largo de los años, en distintas circunstancias, en la búsqueda de respuestas del ser humano. Es muy importante aprender a escuchar dicha Palabra. Sin caer en fundamentalismos. Comprendiendo que no es la literalidad de cada afirmación lo que importa, sino cómo todo ello remite a la verdad manifestada en Cristo. La liturgia intenta ir ayudando a que a lo largo de los ciclos (*tres ciclos dominicales y dos ciclos para los días de diario, según estemos en años pares o impares*), poda-

### **Encuentros**

Al fin estamos preparados para el encuentro. Ya hemos abierto la mirada, y nos hemos hecho conscientes de que esto no es un diálogo íntimo de dos, sino una celebración compartida, que derriba muros y sobrepasa fronteras. Es la hora de expresar esta comunión. Lo vamos a hacer de tres maneras.

**Primero**, al afirmar que somos hermanos e hijos de un mismo Dios. Es lo que hacemos al rezar, juntos, la oración de la comunidad, el **Padre Nuestro**. Es imposible rezar esta oración en singular. No tendría sentido una opción individualista en la que uno le rezase al *padre mío que estás en el cielo, venga a mí tu reino*, etc. Porque sería insuficiente. No basta. El reino, si no llega a todos, no es reino. Como el perdón, o como el pan. Es posible que mi mesa esté más o menos bien provista, y que sienta que tengo el pan de cada día asegurado (hasta donde puede estarlo). Y, sin embargo, eso no le quita un ápice de urgencia a la petición «danos hoy nuestro pan de cada día», porque mientras haya una sola persona pasando hambre, y desgraciadamente hay muchas más de una, ese grito es urgente y es un recordatorio de que hay quien, aún, está excluido de las mesas.

El **segundo** gesto de comunión es la **paz**. La paz, en este momento de la Eucaristía, no es una formalidad ni un gesto de compadreo. Tampoco es una explosión afectiva, aunque a veces puede expresarse así en celebraciones de una comunidad que tiene muchos vínculos. Todo ello puede ocurrir, pero no es lo esencial. Lo esencial es que es un **compromiso**, una **declaración** y una **promesa**. Un **compromiso** de apertura al otro, que se sella con la mano tendida. Una **declaración** de respeto vivida, propuesta y trabajada. Ni siquiera implica que te lleves de perlas con aquel con quien intercambias este saludo. En todo caso, implica que estás dispuesto a relacionarte con esa persona desde la cordialidad, consciente de que el mismo Dios nos convoca y nos invita a compartir trechos del camino. Y una **promesa**. La de trabajar por la paz. Todo esto es un gesto, un símbolo. A veces ni siquiera conoces a las personas que están sentadas a tu lado, pero precisamente eso le da más sentido. Pocos ámbitos en la vida permiten esa disposición a encontrarte con el otro, no desde el interés, la necesidad, la urgencia o el afecto, sino desde esa conciencia de compartir algo significativo. La Eucaristía sí lo permite, y por eso es espacio de encuentro con el otro.

El **tercer** gesto, cargado de significado, es la **Comunión**. Acercarse a comer -Comulgar- ese Pan, el Cuerpo de Cristo. En la Comunión, uno expresa el deseo de que ese alimento se convierta en energía, en fuerza, en parte de quien eres. De alguna manera, lo que hacemos al Comulgar es confiar en que nos iremos convirtiendo en aquello que nos alimenta. Que será parte de nosotros, que nos



«Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando» (Plegaria Vb). Es un texto precioso. De golpe, hemos ensanchado la mirada hasta incluir a la **Iglesia entera**, pero también a todos los que sufren, los que esperan, los que anhelan una mano amiga. De golpe, nos encontramos convertidos en muchedumbre, en gentío, en una comunidad amplia, que puede abarcar a la **humanidad entera**, pues ¿quién no anhela un motivo para seguir esperando?

Sin embargo, ni siquiera esto es suficiente. Aún falta **otro círculo**. No basta sentirnos parte de una humanidad entera. Debemos mirar a la historia de la que formamos parte. Agradecer el ser parte de una cadena de hombres y mujeres que han compartido -o no- la fe y la esperanza. Por eso, la **tercera petición** en este momento nos lleva a recordar a los **difuntos** «que durmieron en la esperanza de la resurrección» -es decir, los creyentes- o «aquellos cuya fe solo tú conociste» -es decir, los que no eran o no se decían cristianos-. Pidiendo por ellos en este momento, desde la memoria, la gratitud y la esperanza, hemos convertido ese rincón en el que estemos celebrando la Eucaristía en el centro del mundo, de la Historia, y lo hemos vinculado a tantos nombres y a tantas vidas.

Al fin, alzando el cáliz y la patena, se completa el cuadro ofreciendo a Dios esta alianza, y ahí, junto al Dios entregado, está uno mismo; y está la comunidad que celebra; y la Iglesia y el mundo; y los hombres y mujeres de todos los tiempos; y todo esto lo pedimos «con María la Virgen, Madre de Dios, San José, los Apóstoles y los Santos y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, con quienes confiamos compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas».

¿Qué nos dice esta parte de la Eucaristía de nuestra vida? Que nuestra historia se engarza con otras historias. Que no tiene sentido una Mesa en la que no haya sitio para los más vulnerables, quienes necesitan la paz, el pan y la compasión. Y que ese Sacrificio de Jesús, esa entrega por amor hasta dar la vida, esa historia elegida, bendecida, partida y compartida, solo puede conducirnos al encuentro de unos con otros, y de todos con Dios. A partir de este momento, entremos en la liturgia de la Comunión.

mos ir asomándonos y escuchando esa Historia de Salvación completa. Si hubiera que definirla con una palabra, uno diría que una homilía quiere ser una traducción. Traducir la Palabra de Dios, dar las claves para ayudar al que la escucha, para que entienda cómo tiene que ver con su propia vida, en sus circunstancias, hoy y ahora.

La Palabra siempre suena nueva, porque, aunque sea la misma, aunque uno haya escuchado algunos relatos tantas veces que podría repetirlos de memoria, es uno mismo el que se encuentra siempre en momentos distintos. No es lo mismo, por ej. escuchar el relato del hijo pródigo cuando uno se siente traicionado por alguien que te ha fallado, que cuando es uno el que necesita perdón. Y como ese ejemplo, miles. De ahí lo importante que es la capacidad de escuchar, de acoger esta Palabra, de comprender que la Historia de Salvación que evoca es también mi propia historia.

Y, de nuevo, esto nos habla de una dimensión de la vida, que es la escucha y la voluntad de aprender. Dios nos habla, claro que lo hace. Y el encuentro con su Palabra no termina, porque no llega un día en el que uno pueda decir: «Ya está, ya lo sé todo». La actitud de búsqueda es bien necesaria.. La realidad es que no dejamos de aprender. La Eucaristía, en este momento de la Palabra, nos recuerda que necesitamos, una y otra vez, tener los oídos y el corazón abiertos para seguir buscando la verdad, que no siempre está clara ni es evidente.

### **Por mi parte, creo, pido y ofrezco**

Continúa, en la celebración, ese diálogo. Si en la parte anterior nosotros escuchábamos esa Palabra, que quiere ser Buena Noticia de Dios para las vidas, al seguir adelante volvemos a tomar la palabra o un rol un poco más activo. Y lo hacemos para expresarnos a través de tres actitudes básicas: la **profesión de fe**, la **oración de los fieles** y el **ofertorio**. Es decir, vamos a expresarle a Dios aquello en lo que *creemos*, lo que *necesitamos* y lo que *nos traemos entre manos* y, por ello mismo, *ofrecemos*.

Sobre la **profesión de fe**, es verdad que, juntos, rezamos el credo. Y que puede parecer la repetición de una oración que ya está hecha y, por tanto, que no hay mucho más que decir, salvo proclamar la fe de la Iglesia, expresando, con ello, nuestra adhesión y pertenencia. Sin embargo, creo que es importante ser honestos. En un libro de Joan Chittister, titulado «*En busca de la fe*», ella iba dialogando con el credo. Me pareció fascinante lo que constataba: no siempre es fácil para uno sostener, de forma subjetiva, todas las afirmaciones del credo. Y ello por

muchos motivos, puede ser por convicción, por momento vital, por sensibilidad, hasta por teología.

Puede ser que uno esté en un momento de pertenencia difícil y afirmar que «creo en la Iglesia» brote a regañadientes.

O tal vez andas en una noche oscura, y la convicción de que «creo en la resurrección de la carne» se estrella contra las propias dudas sobre vida y muerte.

O por una sensibilidad y una teología donde la cuestión de género es muy importante, puede ocurrir que al decir «creo en Dios Padre» uno, en su fuero interno, piense en Dios como madre, y así lo reconozca.

Pueden ser muchas cosas, y en parte creer es ir apropiándose y conquistando parcelas de comprensión de aquello que creemos.

Lo cierto es que la fe es parte de las vidas. Todo el mundo cree en algo -incluso quienes afirman que solo creen en lo que ven- La gente cree en la ciencia, en la belleza, en el dinero, en el bienestar, en la bondad de los desconocidos o en la superioridad de una raza sobre otras.

La gente cree, muchas veces, más allá de lo demostrable.

La fe, y de manera muy clara la fe religiosa, no es una adscripción acrítica y global a una teoría. Es, más bien, el abrazo, no siempre fácil, a una serie de creencias que nos ayudan a dar sentido. Creencias en algo que afirmamos que es real. Pero conviene reconocer, al *menos*, dos cosas: lo **primero**, que la fe es un equilibrio de certidumbres y dudas. Decir «creo» es también decir «dudo», y a veces sobre las mismas cosas. De ahí que uno haya de ir dialogando con el credo, tratando de profundizar en él, peleando con lo que no siempre está claro.

Lo **segundo**, la fe no es exclusivamente personal; se apoya también en los otros. Otros son quienes nos transmiten por primera vez la fe, y otros quienes a veces nos sostienen en nuestros momentos de incertidumbre. He ahí el sentido de proclamar juntos el credo. En primera persona, pero junto a otros.

Por lo tanto, en este momento, lo que uno hace es confesar, desde la humildad de quien no lo tiene todo claro, el estado de su fe, al tiempo que se reconoce que uno no posee toda la verdad; y de ahí el buscar, en el credo de la iglesia, respuestas, interlocución y una guía.

En un segundo momento, en el que seguimos teniendo nosotros la palabra, elevamos a Dios nuestra oración, la llamada «**oración de los fieles**». Es decir, le pedimos. Y uno se pregunta: ¿qué hay que pedir? Después de todo, ya dice el Evangelio aquello de «pedid y se os dará...»

do que también cada uno de nosotros es elegido por Dios, bendecido por quien conoce nuestra verdad, que nos romperemos si elegimos el Evangelio, y dándonos podremos alimentar muchas hambres. Ese es el pacto. Esa es la nueva alianza que seguimos celebrando. Ahí es nada.

### **Abrir la mirada. Derribar los muros. El mundo es nuestro horizonte**

Cuando acaba la Consagración, volvemos a tomar nosotros la palabra. Si en este momento hemos escuchado, hemos asistido a lo que, en Jesús, es la respuesta de Dios a nuestras peticiones y su propuesta para nuestras vidas, vamos a volver a hablarle y a pedirle. Pero ahora el horizonte nos ha de llevar, inexcusablemente, a los otros. No basta que el diálogo sea entre uno y Dios. Señalaba al principio de esta reflexión que el diálogo es a tres bandas, que hay un «nosotros» que no podemos olvidar. Ahora, al continuar la Plegaria Eucarística, vamos a tratar de hacernos conscientes de ese nosotros, ensanchando el horizonte.

Las Plegarias de la liturgia son diferentes y tienen acentos diversos. Las hay más apropiadas para unas celebraciones y para otras. Todas van a expresar siempre una mirada que quiere hacerse cada vez más amplia. Como si fuéramos abriendo **círculos concéntricos**, para sentir que esto que uno celebra no es una experiencia íntima de uno solo con Dios, sino que es una experiencia de comunidad, pertenencia y encuentro.

Al continuar la Plegaria Eucarística, el **primer círculo** concéntrico, la primera petición que vamos a hacer, es por quienes estamos compartiendo la Eucaristía. Pedimos «que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo» (Plegaria II). Es necesario ese volverse a los otros. Esa conciencia de **comunidad**. La experiencia de fe no puede ser tan solo una relación vertical de uno con Dios. El Dios de Jesús crea comunidad, nos invita a forjar lazos, nos ayuda a pensar en nosotros. Por eso, uno no celebra o participa en soledad, sino con otros, de los que ahora se hace consciente.

Pero no bastaría eso. No bastaría ese sentimiento de comunidad vinculado a aquellos con quienes celebro, que a veces serán mis amigos, mi parroquia, mi grupo o mi gente. Es necesario derribar los muros, ensanchar el horizonte y mirar más allá. Se hace imprescindible pedir por un «nosotros» mucho más amplio. Es aquí donde encaja la petición por la Iglesia, que es además petición por el **mundo**. Hay aquí, según las distintas Plegarias Eucarísticas, diversas formulaciones. Algunas más ministeriales -por el Papa, los obispos, los pastores...-, pero también es en este punto donde algunas plegarias ofrecen algunas de las frases más bellas y líricas de nuestra liturgia.

Que cada ser humano tiene en sí una hermosura distinta, una profundidad, verdad y posibilidades que han de salir a la luz. Jesús fue la bendición de Dios para el mundo. Y, en su camino, bendijo, porque habló con palabras de verdad. Nosotros, tú, yo, cada uno, somos bendecidos por Dios, que ve, más allá de nuestras luces y sombras, para que bendigamos.

En nuestras vidas también hemos de **rompernos**, como ese pan que se parte. Romperse forma parte de todas las vidas. Es raro llegar al final sin cicatrices, porque muchas veces pondremos en juego corazón, ilusión, deseos... En ocasiones, las cosas saldrán bien; en otras, no tanto. No pasa nada si alguna vez se nos quiebran las esperanzas, las ilusiones, o si por el camino caemos y nos levantarnos, quizás algo más magullados. Eso sí, no cualquier golpe, sufrimiento o cualquier ruptura está justificado.

Pues, no se trata de justificarlo todo, de aguantar carros y carretas, ni de convertirse en héroes dispuestos a sufrir cualquier incomodidad o calamidad. Tocaré sufrir en la vida, claro que sí; pero que sea por el Evangelio, es decir, por el amor que aprendemos en Dios, por la justicia que nace de las Bienaventuranzas, por algo que merezca la pena.

Y al final, se trata de **entregarnos**. El pan que se parte se reparte después entre muchos. Eso es lo que cada vida puede ser. Un multiplicarse, en tiempo, en cariño, en ternura, en talentos. Sin racanear ni reservarse demasiado. Hay muchas maneras de entregarse. Las hay más visibles, y otras que pasan desapercibidas. Se entregan los padres que consagran vida, preocupación y deseos a sus hijos. Los investigadores que emplean su tiempo y su conocimiento para resolver problemas, tal vez sepultando sus carreras en la soledad de un laboratorio, donde, una y otra vez, se darán de bruces con el fracaso, hasta que alguien, alguna vez, halle respuestas. Todos aquellos que viven su vida como servicio. Los que ponen sus capacidades, no al servicio de sí mismos, para ser aplaudidos, sino al servicio de quienes pueden necesitar respuestas, atención o delicadeza. Dios, en Jesús, se entregó hasta el final, hasta la última gota. Se vació. Dio la vida, como *estamos* llamados a darla nosotros, cada día -porque dar la vida no es morir, sino vivir de una manera desprendida-.

Esa entrega de Jesús, de una vez para siempre, es real. Y ahí tenemos un singular encuentro, en ese pan y ese vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo. La respuesta de Dios, el Hijo elegido, bendecido, roto y entregado por nosotros y por todos. Y la invitación a hacer nosotros lo mismo, celebrarlo y hacerlo real con nuestras propias vidas, sabien-

Así que es legítimo pedirle a Dios por aquello que nos importa: la Iglesia, el Papa, los pobres, los niños, el trabajo, la lluvia, la salud, el dinero, el país, la guerra, la paz... Sin embargo, la realidad nos demuestra que no siempre se nos da aquello que pedimos. Y no es porque pidamos cosas banales o intrascendentes. Es evidente que hay peticiones que no van a ningún sitio -ya puedo pedir que mi equipo gane un partido, que no deja de ser una petición bastante irrelevante-. Pero hay ruegos que son muy importantes para nosotros, donde se nos va la vida y ponemos el alma en ellos. Quizá, de todos ellos, los más importantes sean los que tienen que ver con la salud, especialmente de un ser querido. Pero, por más fe con que pidamos, no siempre se cumplen las cosas. Incluso anhelos que parecerían muy legítimos, como la curación de un hijo. Hay muchas personas que ante ese silencio de Dios, que sienten como un abandono, le dan la espalda. O las hay que, desengañadas, pierden la fe.

Es muy importante entender bien las peticiones. Podemos expresar muchas cosas. Tenemos derecho a ello. Es necesario poder contarle a Dios nuestros deseos, nuestros anhelos, nuestras preocupaciones, presentárselos y convertirlos en plegaria. Pero es importante no olvidar que el mejor ejemplo de oración lo encontramos en la Oración del Huerto. Jesús también expresa al Padre su anhelo: «Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz...» Dicho ruego es legítimo y es humano. Es un corazón lleno de incertidumbre el que añora y pide consuelo, guía y salvación. Pero la petición de Jesús no termina ahí. Concluye cuando expresa «... pero no sea lo que yo quiero, sino que hágase tu voluntad». Hágase tu voluntad: he ahí la clave. Porque sabemos que la voluntad de Dios es el bien del ser humano; lo cual no excluye que la vida a veces se nos tuerza, que la tragedia irrumpa, que la dificultad nos asalte, que lo injusto se imponga o que el pecado golpee con su lógica... Todo esto es posible, porque es parte de la vida. Una parte que la hace muy real. De ahí que el pedir conjugue ambos elementos; la expresión legítima de nuestros anhelos y la disposición humilde a afrontar la vida sabiendo que Dios quiere lo mejor -aunque a veces el camino será difícil-.

Por último, seguimos teniendo nosotros la voz cantante cuando le **ofrecemos** a Dios lo que traemos a la Eucaristía. Ofrecemos el pan y el vino, frutos de la tierra, de la vid y del trabajo de los hombres y mujeres de este mundo. La realidad es que la mayoría de nosotros no poseemos tierras, no hacemos pan, y mucho menos vino. Pero no es lo literal lo que importa. Lo que importa es que en ese altar estamos ofreciendo

nuestras vidas, con sus circunstancias. Uno ofrece algo diferente cada día que celebra. En ocasiones estás poniendo, tú también, tu trabajo. Tal vez tu trabajo no pasa por el pan y el vino, sino por estudiar o dar clases, por manejar una grúa, por subirte a un andamio, por tratar a enfermos o por cuidar de tu familia. En otras ocasiones, lo que ofrecerás es alguna buena noticia, algo que quieres celebrar y pones en manos de Dios: el nacimiento de un hijo, alguna buena noticia familiar, un trabajo, algo que te llena. Tal vez haya ocasiones en que vienes con las manos vacías y sientes que hoy no tienes nada que darle, y es esa desnudez lo que presentas, quizá confiando en que lo que otros ponen dará para todos, porque ahí también hay comunidad.

Fe, necesidad, responsabilidad. Lo que creo, lo que pido y lo que ofrezco. Todo eso se ha puesto en juego en esta parte de la celebración, en la que Dios ha acogido nuestro acto de fe, ha escuchado nuestras peticiones, y recibe todo lo que ofrecemos. Entonces le llega a Él el turno de responder.

### **Dios responde. Una historia que sigue sucediendo**

Vuelve a tener la palabra Dios. Será el que preside la celebración quien ponga voz a esa respuesta, pero lo hace en su nombre. A nuestras preguntas, peticiones y ofrendas, Dios responde con lo que es su respuesta y su ofrenda a nosotros: Jesús. Jesús es la respuesta de Dios. De ahí que, al comenzar la plegaria eucarística, lo primero que hagamos, en una oración llamada «prefacio», es recordar cuál fue la respuesta de Dios.

El **Prefacio**, esa oración que comienza con un intercambio que a todos nos es familiar: «El Señor esté con vosotros, y con tu espíritu, levátemos el corazón, lo tenemos levantado hacia el Señor, demos gracias al Señor nuestro Dios, es justo y necesario...» A partir de ese momento se nos va a recordar por qué es justo y necesario dar gracias a Dios. Es esa la evocación primera. Caben muchos prefacios. Los acentos son diferentes. Los hay más temáticos, con motivo de alguna celebración, los hay que toman como referencia a María, al Espíritu, a los Apóstoles... pero en definitiva todos ellos vuelven, una y otra vez, a la Hª de la S. y, dentro de esa historia, a lo ocurrido en Jesús, con quien todas esas vidas, de María, de los Santos y de los creyentes de todos los tiempos, están vinculadas. Eso es lo que se nos recuerda. Dios vino, en Jesús, a nuestro encuentro. Pasó por este mundo haciendo el bien, dando la vida, y resucitó a una vida nueva mostrando que la última palabra de Dios va más allá de la muerte. Por eso juntos proclamamos un himno. Aquí entra el «Santo».

Hay algo muy sugerente cuando proclamamos este himno. las aclamaciones «Hossannah en el cielo...» Todo ello es una evocación de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, que es parte de esta historia que estamos recordando. Y no hay que olvidar que dicha entrada de Jesús en Jerusalén es el pórtico de la Pasión. Esa entrada, en la liturgia anual la recordamos el Domingo de Ramos, pero aquí, en la Eucaristía de cada día, se convierte en un pórtico para el momento en que vamos a seguir celebrando y actualizando, ese Dios, que se vacía y se entrega.

Lo que ocurrió con Jesús lo seguimos celebrando y viviendo. Es en esta parte de la plegaria eucarística donde repetimos lo ocurrido en la Última Cena. Y es aquí donde se nos muestra con más claridad la lógica de Dios que ha de configurar nuestras vidas. En este punto sigo una intuición de Henry Nouwen. Afirmaba Nouwen que, llegados a la consagración, en este punto de la Eucaristía se produce una vinculación y una identificación entre lo ocurrido en Jesús y lo que están llamadas a ser nuestras vidas. Decía que los verbos que se utilizan en la consagración, evocando lo que Jesús hizo con el pan, definen no solo lo que luego es la vida de Jesús, sino la nuestra. Somos nosotros, como Jesús, quienes somos **elegidos, bendecidos, com-partidos y entregados**

¿Qué quiere decir que somos **elegidos**? Quiere decir que cada vida es única e importa. Dios nos elige, a cada uno, por eso nos ha creado. De una manera única, exclusiva. Mi vida importa. No hay otra igual.

Veamos una imagen, somos como las piezas de un puzzle. No hay dos iguales. Por muy parecidas que sean las formas o los colores. Por mucho azul y cielo que haya en una imagen y por muy grande que sea el puzzle, cada una de las piezas tiene su lugar. Y si falta una sola, siempre quedará incompleto, y para quien se ha esforzado por ir colocando y encajando todas las demás no valdrá lo mismo si falta una. Porque cada pieza importa.

Pues bien, nosotros somos mucho más que esas piezas. Somos únicos, distintos, elegidos de Dios, la vida de cada uno importa. No hay nadie más igual. Es importante saberlo, escucharlo, reconocerlo.

¿Qué significa ser **bendecido**? Dios nos bendice, como bendice ese pan. Bendecir es hablar bien. Que Dios nos bendice significa que es capaz de ver lo bueno y adivinar el camino para enderezar lo torcido o, al menos, lidiar con ello. Es que sabe de qué material estamos hechos. Y adivina las posibilidades en cada uno de nosotros. Es que sabe que hay dentro de cada uno un grito de amor, sed de encuentro y una entrañable compasiva.